

# LA VIDA, LOS PROBLEMAS Y LA FILOSOFÍA

Diana I. Pérez  
UBA-CONICET  
[dperez@filo.uba.ar](mailto:dperez@filo.uba.ar)

## RESUMEN

El trabajo analiza en detalle el reciente, y póstumo, libro de Eduardo Rabossi titulado *En el comienzo, Dios creó el canon. Biblia berlinensis*. En un estilo agudo y provocativo, Rabossi argumenta que, tal como hoy en día la concebimos, practicamos y valoramos, la filosofía es una disciplina sumamente joven y anómala. Frente a esta posición, se defiende el carácter universal de los problemas filosóficos y que la reflexión metafilosófica es parte esencial de la filosofía.

**PALABRAS CLAVE:** Filosofía, metafilosofía, canon, problemas filosóficos, historia de la filosofía, filosofía y sociedad.

## ABSTRACT

«Life, problems and philosophy». The paper analyses the recent, and posthumously edited, book of Eduardo Rabossi, *En el comienzo, Dios creó el Canon. Biblia berlinensis*. In a sharp and provoking style, Rabossi argues that, such as it is nowadays conceived, practiced and valued, philosophy is a very young and anomalous discipline. Against that position, it is defended the universal character of philosophical problems and that metaphilosophical reflection is an essential part of philosophy.

**KEY WORDS:** Philosophy, metaphilosophy, canon, philosophical problems, history of philosophy, philosophy and society.

Las reflexiones metafilosóficas son una parte central de la filosofía. Pero, ¿por qué hay tan poco acuerdo entre los filósofos acerca de qué es lo que están haciendo? ¿Por qué ha habido tantas maneras diferentes de abordar la filosofía a lo largo de su historia? A primera vista, podría parecer que éste es un defecto de la filosofía. Sin embargo, en mi opinión, la reflexión metafilosófica no puede estar ausente de la reflexión filosófica dada la naturaleza misma de la filosofía. Como argumentaré en este trabajo, filosofar es, básicamente, preguntarse por qué, y tal pregunta puede (y debe) formularse reflexivamente. La pregunta «¿Por qué preguntar por qué?» tiene el más pleno de los sentidos.

Eduardo Rabossi nos ha legado un estimulante libro de metafilosofía. Al morir tenía entre manos el proyecto de publicar este libro, en el que había trabajado los últimos diez años de su vida (tal vez más). Ese libro salió póstumamente publicado





en 2008 bajo el título *En el comienzo Dios creó el Canon. Biblia berolinensis*<sup>1</sup> y es en mi opinión uno de los aportes más profundos de Eduardo Rabossi a la filosofía, más precisamente a la metafilosofía. En este trabajo voy a partir de algunas de las ideas que desarrolla en este libro para presentar mis propias ideas acerca de la filosofía. El libro que nos ocupa es muy provocativo. Recuerdo haberle dicho que este libro iba a tener una enorme repercusión. Lamentablemente Rabossi falleció repentinamente y no pudo presentarlo y participar de la polémica que hubiera suscitado. Mi propósito en este trabajo es doble. Por un lado quiero repasar algunas de las ideas centrales del libro de Rabossi, para contribuir así a la difusión que merece este trabajo. En segundo lugar quiero presentar mis propias ideas sobre los temas del libro que mencionaré, opiniones que en su mayoría tuve el gusto de discutir en su momento con Rabossi. Lamentablemente, muchas de las interesantes y polémicas ideas que Rabossi desarrolla en el libro quedarán fuera de mi trabajo, espero que de esta manera se despierte en el lector el interés por conseguir el libro y leerlo en su totalidad.

Cinco años después de su muerte, viendo las cosas con más distancia, no puedo sino estar enormemente agradecida a Rabossi por toda su compañía, por su confianza en mí y por los consejos y las enseñanzas que me prodigó. En muchos aspectos me doy cuenta de cuán sabias eran sus apreciaciones y juicios. Pero también hubo algunos terrenos en los cuales nunca estuvimos de acuerdo. Sin duda, el diálogo racional y sistemático con quien defiende inteligentemente posiciones contrarias a las propias es el mejor estímulo para el quehacer filosófico. Uno de los temas en los que nunca estuvimos de acuerdo fue la naturaleza de la psicología folk, tema del que me he ocupado en ocasión de otro homenaje a su persona<sup>2</sup>. El otro tema de permanente desacuerdo entre ambos —tema del que me voy a ocupar aquí— es el de la naturaleza de los problemas filosóficos y, en última instancia, de la filosofía. En este punto, como veremos a continuación, la opinión de Rabossi era que no había problemas filosóficos genuinos, perennes, que vertebraran la práctica de la filosofía a lo largo y a lo ancho de su historia. Yo creo lo contrario, y voy a explicar en este trabajo cuál es el rol central que, en mi opinión, tienen los problemas filosóficos en nuestras vidas y en la práctica filosófica.

Vayamos entonces a algunas de las ideas acerca de la filosofía que Rabossi despliega en su libro. Como dije, su estilo y su intención son enormemente provocativas. En este tono comienza su exposición con las siguientes tres afirmaciones:

---

<sup>1</sup> E. RABOSI, *En el comienzo Dios creó el Canon. Biblia berolinensis*, Buenos Aires, Gedisa, 2008.

<sup>2</sup> En el año 2000 se realizó una sesión especial de homenaje a Eduardo Rabossi en el Congreso de la *American Philosophical Association*, en New Mexico, coordinada por Marcelo Sabatés y que contó con la presencia de Donald Davidson, Richard Rorty, Eduardo Rivera López, Fernando Broncano y yo, donde por primera vez expuse públicamente mis diferencias en este sentido con Rabossi. Más tarde elaboré un trabajo que presenté en una mesa en su honor en el Coloquio de Bariloche 2006, trabajo que finalmente salió publicado en un libro que editamos colegas y discípulos de Rabossi en su homenaje en el año 2008. Véase «La psicología folk y nuestros héroes», en A. GIANELLA, M.C. GONZÁLEZ y N. STIGOL (comps), *Pensamientos, representaciones, conciencia. Nuevas reflexiones*, Buenos Aires, Alianza, 2008.

1. La filosofía, es decir, lo que concebimos, practicamos y valoramos como filosofía, es una disciplina joven: sólo cuenta con unos doscientos años de edad.
2. La larga vida que se le suele atribuir a la filosofía resulta de un relato histórico elaborado, también, unos doscientos años ha.
3. La filosofía, qua disciplina, es anómala, anormal: las querellas y los disensos que la afectan crónicamente no conciben con la jactancia cognoscitiva de quienes la practicamos; la existencia de un doble y hasta un triple discurso acerca de su vigencia y valor revela la existencia de distintas maneras de concebirla; las reiteradas incitaciones a transgredir las condiciones de su ejercicio legítimo ponen en duda su razón de ser<sup>3</sup>.

Consideremos algo más detenidamente estas tres afirmaciones.

1. En el capítulo 2 de su libro, denominado «La filosofía institucionalizada», Rabossi argumenta a favor de la primera de estas afirmaciones, reconstruyendo la historia que dio lugar al surgimiento de las facultades y carreras de filosofía en la Alemania de fin de siglo XVIII y principios del XIX. Por eso la cualificación que sigue a la palabra «filosofía» en 1 es esencial: se trata de nuestra actual concepción de la práctica y el valor filosófico. Volveré más adelante sobre las características que Rabossi atribuye a la filosofía así concebida, y discutiré esta idea en el apartado siguiente (en el que intentaré desarrollar qué es para mí la filosofía).
2. En el capítulo 6, Rabossi se dedica a la relación entre la filosofía y su historia. No me voy a detener en todas las consideraciones que hace en el libro sobre esta cuestión, sólo quiero señalar algunas de sus ideas más interesantes.
  - 2.1. Primero, Rabossi apunta al hecho de que la producción reciente en el ámbito de la historia de la filosofía es más abundante que la que encontramos bajo el rubro «filosofía», en algunos países como Francia, Italia y Alemania. Este hecho se refleja en una serie de estadísticas que Rabossi menciona en su libro. Curiosamente no consigna estadísticas sobre los países iberoamericanos (tal vez porque no exista un tratamiento más o menos sistemático de la enorme variedad y calidad de revistas de filosofía existentes en nuestro medio). Sin embargo, sabemos los que habitamos en estos países que la práctica habitual en los departamentos e institutos de investigación en los que trabajamos es la historia de la filosofía, o lo que es peor aún, la exégesis concienzuda de un algún filósofo contemporáneo como si hubiera habitado en otro tiempo y lugar completamente ajeno al del estudioso (reemplazando así un todavía posible y mucho más productivo diálogo entre pares). La filosofía anglosajona del último siglo queda, sin duda, fuera de consideración aquí, aunque tampoco hay estadísticas sobre esta cuestión en el libro de Rabossi (no sé si porque no las buscó o porque le eran desfavorables a su tesis, sospecho que en este caso no era tan difícil contar con estadísticas fiables...).

---

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 13.





2.2. Segundo, el interés (desmedido, a los ojos de Rabossi) por la historia de la filosofía en lugar de concentrarse en los problemas filosóficos y sus posibles respuestas es un hecho también reciente (también tiene unos 200 años, según Rabossi). En efecto, sostiene en su libro que hasta Kant y Hegel (inclusive), los filósofos se dedicaban a discutir cuestiones filosóficas con sus contemporáneos, es decir, el diálogo con sus contemporáneos era la norma, no la excepción, y la exégesis de filósofos del pasado, la excepción en lugar de la regla. En efecto, si examinamos grandes obras de la filosofía vemos que las referencias a autores del pasado son nulas o muy escuetas. Pensemos en la *Meditaciones metafísicas* de Descartes, por ejemplo, o en el *Tratado de la naturaleza humana* de Hume, o en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, para mencionar a una obra clásica del siglo xx. También podemos incluir en la lista muchas de las páginas de *Ser y Tiempo* de Heidegger, la *Crítica de la Razón Pura* del propio Kant... y la lista sigue. Sócrates (o sea, Platón) discutía con los sofistas (no con Tales de Mileto) y Aristóteles con su maestro (con quien sin duda habría discutido en vida). Permítanme proponerles un desafío humeano: proponed un libro que sea una joya de la literatura filosófica comparable a los que acabo de mencionar y que consista en un trabajo histórico —y no sistemático— de filosofía. Ésta es una de las enseñanzas más valiosas a mi juicio que una (como filósofa iberoamericana) puede extraer de los años de convivencia con Eduardo: la filosofía es diálogo con los pares, no pseudo-diálogo (es decir, monólogo) acerca de los muertos o extranjeros distantes. En este trabajo, entonces, voy a seguir esta enseñanza rabossiana dialogando —como muchas veces lo hice en vida— con él, así como con otros filósofos contemporáneos de mi comunidad que están también preocupados y ocupados de estas cuestiones, como son Alberto Moretti, Guillermo Hurtado, Jesús Vega, Josep Corbí y Jorge Gracia, quienes han colaborado con un número especial de *Análisis Filosófico*, compilado por Cristina González y Nora Stigol, dedicado al Canon Filosófico<sup>4</sup>.

3. Llegamos por fin a la idea central de Rabossi acerca de la naturaleza de la filosofía: su carácter anómalo o anormal. El desarrollo de esta idea es complejo, e involucra la presentación de lo que él denomina «El Canon», protagonista de la obra que figura en el título del libro, tema que desarrolla en el capítulo 3. De acuerdo con Rabossi, «la filosofía, es decir, lo que concebimos, practicamos y valoramos como filosofía» (como dijo en 1), es una práctica comunitaria regida por un decálogo, como toda profesión que se precie. Tal decálogo, o Canon, es reconstruido por Rabossi en términos de los siguientes preceptos. Cito extensamente estos preceptos, que serán centrales para exponer más adelante mi propia posición:

---

<sup>4</sup> C. GONZÁLEZ y N. STIGOL, *Análisis Filosófico*, vol., xxx, núm. 1, 2010. Los trabajos mencionados son «Todo canon, el canon», de Alberto MORETTI; «La reforma de la universidad y el futuro de la filosofía», de Guillermo HURTADO; «El «estado de excepción» de la filosofía», de Jesús VEGA; «El refugio de la claridad», de Josep CORBÍ; y «Cánones filosóficos y tradiciones filosóficas», de Jorge GRACIA.

1. La filosofía tiene un dominio propio, distinto y excluyente de los dominios propios de otras disciplinas y hace uso de un conjunto de términos técnicos formales, distintos y excluyentes de la terminología específica de las otras disciplinas.
2. Los problemas que preocupan a los filósofos afloran en distintos ámbitos: el sentido común, la vida, el lenguaje, las ciencias, las religiones, la literatura, la política, la historia, el arte, la sociedad, las propias doctrinas filosóficas, pero todos confluyen, tarde o temprano, en alguno(s) de los grandes problemas filosóficos tradicionales que son perennes.
3. Para encarar sus problemas, la filosofía cuenta con métodos propios y apela a modos argumentativos específicos. Los métodos filosóficos procuran alcanzar un conocimiento a priori que prescinde de la experiencia empírica: las verdades así obtenidas son necesarias y poseen validez universal. El diálogo racional es la estructura conversacional característica de la argumentación filosófica.
4. Existen distinciones de carácter polar que la práctica filosófica debe respetar: real/aparente, analítico/sintético, a priori/a posteriori, necesario/contingente, conceptual/empírico, marco conceptual/contenido, dado/interpretado, intrínseco/relacional, absoluto/relativo, lógico/psicológico, ontológico/cognoscitivo, normativo/descriptivo, fáctico/valorativo, teórico/práctico, justificar/explicar.
5. La reflexión filosófica tiene como meta producir fundamentaciones y justificaciones racionales con peso normativo. Que una idea, teoría, disciplina científica o institución carezca de fundamento o de justificación racional es un síntoma de su posible ilegitimidad. El horizonte de la razón filosofante es muy amplio y su vocación legislativa es indelegable.
6. La filosofía debe salvaguardar valores ontológicos, cognoscitivos y éticos fundamentales: la objetividad, la verdad, la universalidad, la certeza, el bien, la justicia.
7. El cumplimiento de los preceptos que anteceden garantiza la autonomía disciplinal de la filosofía. Esto no sólo significa que la práctica de la filosofía no depende de otras prácticas teóricas, sino que el saber filosófico es independiente de cualquier otro saber: la filosofía no requiere ni admite préstamos cognoscitivos de otras áreas.
8. El saber filosófico es distinto del saber científico. La única relación legítima de la filosofía con la ciencia es vertical: a la filosofía le corresponde dar una fundamentación o justificación racional de la ciencia en general, o de las disciplinas, teorías o conceptos científicos en particular.
9. Quienes filosofan deben cumplir con seriedad y rigor el papel que les toca desempeñar como agentes o funcionarios de la razón, guardianes de los valores básicos, defensores de doctrinas que han pasado la prueba de la crítica racional, poseedores de aptitudes cognoscitivas excepcionales que les permiten tener una visión privilegiada del mundo y de la vida. Esta misión se suele desenvolver en un número de áreas específicas cuyo cultivo exige especialización.
10. La filosofía tiene una relación especial con su pasado. En las disciplinas corrientes esta relación es contingente: su práctica no requiere de manera esencial del conocimiento de la historia correspondiente; la filosofía es un caso excepcional: su pasado es una parte integral de ella<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pp. 74-6.



Todos estos preceptos son, a los ojos de Rabossi, un constructo que tiene sólo 200 años de existencia y que por lo tanto no necesariamente es legítimo extender a épocas anteriores. Ahora bien, dado que nadie se atrevería a negar que Aristóteles, Hume, Descartes o Tales de Mileto son filósofos y dado que, por razones cronológicas evidentes, no produjeron sus obras maestras de filosofía ateniéndose conscientemente al decálogo mencionado, podría concluirse que es inapropiado denominar «filosofía» exclusivamente a aquello que cumple con el Canon. Pero sin decálogo, parece que todo vale, y las fronteras de lo que puede incluirse bajo el manto de la filosofía y lo que no, se vuelve impreciso. Creo que éste es el desafío que trata de enfrentar Rabossi en su libro, y creo que en él —lamentablemente— el Canon termina ganando. En efecto, Rabossi muestra que el Canon es un invento histórico, contingente y cuestionable, pero a la vez que salirse de él resulta prácticamente imposible. Dice Rabossi:

Considero que la institucionalización y la práctica profesional de la filosofía no son adornos circunstanciales, sino factores constitutivos de la manera como la concebimos, practicamos y valoramos... la filosofía es lo que es porque está institucionalizada tal como está<sup>6</sup>.

Yo, por mi parte, considero que la inferencia correcta es la que nos lleva a desestimar el rol constitutivo del Canon y dar lugar a su cuestionamiento. Si Aristóteles, Descartes o Tales no fueron filósofos «canónicos», ¿por qué tenemos que serlo nosotros? Claro que es más fácil ser canónico que no serlo. Y claro que es peligroso quien se niega a serlo, una vez institucionalizado el Canon. En el apartado siguiente consideraré la propuesta de Alberto Moretti de agregar un precepto cero al decálogo rabossiano que concuerde mejor con mi manera de ver la filosofía.

Rabossi fue, en efecto, un filósofo canónico porque consideró que las reglas de esta práctica institucionalizada establecida deben ser respetadas. Pero también es cierto que Rabossi, a lo largo de su vida (antes de escribir este libro), había cuestionado aisladamente varios de los preceptos del Canon, tanto en algunos de sus escritos como en diálogos y conversaciones con sus colegas.

- Contra 2 tal como adelanté más arriba, sostuvo en este mismo libro que no hay problemas filosóficos perennes, sino que la idea de que los hay es un invento que tiene sólo 200 años (y no por ser canónica yo creo que sí los hay, me voy a dedicar a esto en el próximo apartado).
- Como filósofo del lenguaje ordinario que en el fondo era, esa idea del precepto 3 de que el producto de la actividad filosófica debe ser universal, necesario y a priori nunca fue de su aceptación. Tenía además un profundo respeto por las ciencias, y hallaba en ellas muchas veces apoyo a sus ideas.

---

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 195.





- También como filósofo oxoniense que era estaba en contra del precepto 5, nunca pretendió que la filosofía tuviera un rol legislativo, ni fuerza normativa. La filosofía, a su vez, describe, pero no justifica<sup>7</sup>.
- La defensa de una posición no fundacionalista ni universalista de los derechos humanos y de la ética en general, y su coqueteo con el relativismo, muestran su cuestionamiento a 7<sup>8</sup>.
- Contra 8, como dije arriba, Rabossi tenía un gran respeto por la actividad científica y consideraba relevantes para su actividad como filósofo los hallazgos producidos en las disciplinas relevantes, basten como ejemplos su inclinación a discutir cuestiones de filosofía de la mente tomándose en serio la teoría de la evolución, y su acercamiento a posiciones modularistas acerca de la teoría de la mente, por ser la posición que más se acercaba, a su juicio, a su manera de entender la psicología folk<sup>9</sup>.
- Contra 10, Rabossi criticó hasta el hartazgo la idea de la indispensabilidad de la historia de la filosofía tanto para hacer filosofía como en tanto protagonista de la reforma del plan de estudios de la carrera filosofía, cuando él era director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. En su libro leemos: «El principal problema es la influencia negativa del Giro Histórico para la práctica de la filosofía. La rumia del pasado por el pasado mismo, la consiguiente desconexión con el presente, la identificación no fundada del historiar con el filosofar generan escenarios evasivos de fácil ocupación»<sup>10</sup>. Y a continuación cita a Porchat Pereira, filósofo brasileño, promotor de la historia de la filosofía en su país, haciendo un mea culpa: «llevados por la consciencia cierta de que la filosofía se alimenta constantemente de su historia, hemos ido demasiado lejos en la práctica de orientación historiográfica. [...] con la loable finalidad de asegurar a nuestros estudiantes una sólida base de conocimientos historiográficos [...] hemos perdido de vista la meta que muchos de los grandes filósofos del pasado tenían, y que nosotros también teníamos en nuestros horizontes: la elaboración de una reflexión filosófica, la comprensión filosófica de nosotros mismos y el mundo»<sup>11</sup>.

Una vez presentadas escuetamente algunas de las ideas centrales del libro de Eduardo Rabossi, voy a tratar de dibujar una pintura alternativa de la filosofía

---

<sup>7</sup> Rabossi tradujo al castellano, entre otras obras canónicas de la filosofía oxoniense, *Cómo hacer cosas con palabras* de AUSTIN, *El concepto de lo mental* de RYLE, y *El lenguaje de la moral* de HARE.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, «La teoría de los derechos humanos naturalizada», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, Madrid, núm. 5, 1990, pp. 159-79.

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, «La psicología de sentido común y la teoría de la teoría. Algunas reflexiones críticas», *Endoxa*, núm. 12, 2000; y «La Psicología Folk y el Sentido Común. La controversia y los escenarios», en RABOSI, E. (comp.) *La Mente y sus Problemas. Temas actuales de filosofía de la psicología*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 187.

<sup>11</sup> Citado en RABOSI, 2008, *op. cit.*, pp. 187-8.



centrándome en la idea de «problema filosófico» para desarrollar mi propio punto de vista.

## 1. LA FILOSOFÍA: ¿DESCRIPCIÓN, CRÍTICA, REVISIÓN? LOS PROBLEMAS FILOSÓFICOS

El primer curso de filosofía que tomé en la Universidad de Buenos Aires con Rabossi fue de filosofía contemporánea. Recuerdo que en ese curso se presentaban dos maneras de concebir la filosofía analítica: como búsqueda de un lenguaje lógicamente perfecto tal como en su momento intentaron Russell, el primer Wittgenstein, Carnap, etc., versus descripción de los usos ordinarios del lenguaje, a la manera del segundo Wittgenstein, Ryle, Strawson, la defensa del sentido común de Moore, etc. En esta discusión «interna», Rabossi siempre estuvo del lado de los filósofos del lenguaje ordinario; como dije, era un típico filósofo oxoniense. Sus filósofos más admirados, paradigmas a imitar, eran Ryle, Austin y Strawson, de quien había sido alumno.

Recuerdo haber discutido más de una vez con Rabossi acerca de la idea de filosofía descriptiva defendida por Strawson. Rabossi acordaba con esta idea<sup>12</sup>, y yo (la juventud, no sé...) pensaba que la filosofía debía ser revisionaria. Recientemente, preparando material para una clase de Fundamentos de Filosofía, me encontré con una manera de presentar la concepción de la filosofía de los filósofos del lenguaje ordinario en términos que estaría dispuesta hoy a suscribir. Dice Simon Blackburn: el filósofo es «un ingeniero de conceptos. El filósofo estudia la estructura del pensamiento [...] comprender una estructura significa identificar cómo funcionan las partes y cómo se relacionan entre sí. También implica *saber qué sucedería [...] si se introdujeran cambios*» (las itálicas son mías)<sup>13</sup>. Esta última oración es la clave: la filosofía puede partir de los usos ordinarios, puede encontrar material muy rico para realizar su tarea en la descripción de los usos ordinarios de ciertos términos, pero también y por eso mismo, evalúa qué ocurriría si hubiera cambios en nuestras habituales formas de vida. Y muchos de estos cambios, primero pensados, son luego realizados en el mundo. La filosofía siempre ha sido motor de la transformación (contra el famoso *dictum* de Marx).

Pero los usos ordinarios no son perfectamente consistentes y uniformes, contrariamente a lo que los filósofos del lenguaje ordinario hubieran deseado. Tampoco están exentos de dificultades. La reflexión sobre estos usos, así como la reflexión filosófica realizada por medio de nuestro lenguaje ordinario, genera sinsentidos, caminos sin salida, atrapa a la mosca en la botella cazamoscas. Así, la filosofía tiene, gracias al examen de los usos ordinarios del lenguaje, un rol liberador, terapéutico,

---

<sup>12</sup> Véase E. RABOSSI, «¿Por qué el sentido común importa a la filosofía?», *Manuscrito*, III, (1), 1979.

<sup>13</sup> *Pensar. Una incitación a la filosofía*, Barcelona, Ed. Paidós, 2001, p.12.





si seguimos las ideas de otro de los «héroes» de Rabossi, el segundo Wittgenstein. Recordemos brevemente algunos famosos aforismos de las *Investigaciones filosóficas*:

La filosofía es una lucha contra el embrujo de nuestro entendimiento por medio de nuestro lenguaje. (§ 109)

Los resultados de la filosofía son el descubrimiento de algún que otro simple sinsentido y de los chichones que el entendimiento se ha hecho al chocar con los límites del lenguaje. Éstos, los chichones, nos hacen reconocer el valor de ese descubrimiento. (§ 119)

Cuando los filósofos usan una palabra — «conocimiento», «ser», «objeto», «yo», «proposición», «nombre»— y tratan de captar la esencia de la cosa, siempre se ha de preguntar: ¿Se usa efectivamente esta palabra de este modo en el lenguaje que tiene su tierra natal?—

Nosotros reconducimos las palabras de su empleo metafísico a su empleo cotidiano. (§ 116)

¿Cuál es tu objetivo en filosofía? — Mostrarle a la mosca la salida de la botella cazamoscas. (§ 309)

Así, aun cuando coincido con Rabossi en la importancia que la reflexión acerca del lenguaje ordinario tiene para la filosofía, y en los peligros que encierra alejarse del sentido común (el idealismo y el escepticismo son casos paradigmáticos de estos peligros contra los que lucha Moore, por ejemplo), la filosofía no hace una «mera» descripción de lo dado. Es cierto, la filosofía no puede desconocer lo dado: el lenguaje público, la cultura, las formas de vida, las prácticas académicas. Todas estas cosas nos constituyen como lo que somos; pero en mi opinión, este reconocimiento no debe llevar a un statu quo, sino que, en todo caso, resulta el primer paso para una actividad liberadora, abierta, revisionaria, cuestionadora, que explora los límites (del lenguaje, del conocimiento, de las prácticas existentes), pero que también atraviesa en ocasiones estos límites. Vista así, la filosofía no es una mera descripción de las prácticas humanas. Es la evaluación de la posibilidad de la reforma de estas prácticas (al menos de algunas de ellas) a la luz del reconocimiento de los errores, embrujos o chichones que se han producido llevándonos (a los filósofos, y a los hombres y mujeres en general) por un camino sin salida. La filosofía no sólo es o descriptiva, o crítica y disolutoria, sino que siempre ha sido constructiva.

Claro que el primer paso para la revisión y el cambio es la crítica. Y llegamos así a otra imagen de lo que es la filosofía, tan vieja como la filosofía misma, que se remonta a Sócrates y su idea del filósofo como tábano de la sociedad. Ésta es una idea que siempre me pareció atractiva. El filósofo critica, cuestiona, pone en duda, piensa que las cosas podrían ser de otro modo a como son, propone alternativas inviables (o viables). Ésta es para mí la clave de la filosofía. Y esto nos acerca, a los filósofos, al hombre/mujer de la calle. Todos podemos y debemos cuestionar lo dado, ser críticos, tomar posiciones racionalmente fundadas acerca de los problemas y circunstancias que nos rodean, evaluar las ventajas y desventajas de un posible curso de acción, considerar alternativas, soñar lo imposible. En esta línea, según entiendo, debemos leer la propuesta de Alberto Moretti al examinar las ideas de Rabossi, en un excelente



artículo que se titula «Todo canon, el canon»<sup>14</sup>. En este trabajo Alberto propone agregar al decálogo Rabossiano un precepto cero, que rezaría así:

Todo principio, método, regla, tesis, concepto, acción o disposición es cuestionable por la razón<sup>15</sup>.

El irrestricto cuantificador «todo» con el que empieza este precepto nos autoriza a cuestionar lo que se nos ocurra, incluyendo los 10 preceptos del canon y también el precepto cero mismo. Y en esto consiste la peculiar excepcionalidad o anormalidad de la filosofía para Alberto. Y yo coincido. La actitud filosófica no es más que la exacerbación de una actitud sana y natural que en dosis pequeñas todos los humanos tenemos. La clave del quehacer del filósofo es seguir preguntando por qué cuando los demás se contentan con las respuestas ya dadas. Y agrega Alberto:

La máxima socrática propone sostener siempre la disposición a cuestionar todo, ejerciendo el diálogo racional y aceptando vivir conforme a lo que resulte de la reflexión. Qué vaya resultando no está fijado. Teorías, silencio, ebanistería, neo-pensar, acción política, poesía, matemática, crimen (hasta son posibles la historiografía y la docencia). La filosofía universitaria se detiene antes, pero el filosofar continúa en sede personal. Pero aun así, la filosofía universitaria ya no puede construir un sentido para «filosofía» que ponga a la filosofía en el seguro camino de las profesiones<sup>16</sup>.

Jesús Vega coincide con la idea de Alberto Moretti de que la excepcionalidad de la filosofía impide considerarla una disciplina más como otras, a diferencia de lo que el canon pretende. En su trabajo «El 'estado de excepción' de la filosofía»<sup>17</sup> sostiene que la filosofía no es una disciplina entre otras, ni científica ni humanística. Considera que la filosofía debe adoptar una actitud filosófica sinóptica, y que, por lo tanto debe mirar desde arriba a las otras disciplinas, o desintegrarse entre las ellas. Pero la filosofía no es una más en pie de igualdad con las otras. Así, quien debe en última instancia evaluar el valor de la filosofía no es la academia ni se puede hacer a través de mediciones de impactos varios, indicadores de producción, etc., sino que en última instancia se debe a la sociedad civil. La filosofía, dice Jesús, no es un saber entre otros, sino que es una reflexión sobre nuestra autoimagen. Rabossi parece, hacia el final del libro, coincidir con esta idea. En su libro se lee:

La filosofía no es una disciplina, el filósofo no es un descubridor de verdades, las teorías filosóficas no transmiten conocimiento, la misión de la filosofía no consiste en fundamentar o justificar. El quid de la filosofía es alcanzar algo mucho más im-

---

<sup>14</sup> *Análisis Filosófico*, vol. xxx, núm. 1, 2010.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 47.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, pp. 52-3.

<sup>17</sup> *Análisis Filosófico*, vol. xxx, núm. 1, 2010.



portante y original que todo eso: desplegar las lecturas posibles del mundo actual para comprender cómo las cosas se relacionan entre sí<sup>18</sup>.

Yo coincido también con esta idea de la filosofía como una reflexión acerca de nosotros mismos, y nuestro lugar en el cosmos. Sólo que esta reflexión parece para Rabossi y Jesús una actividad meramente descriptiva, nada conflictiva. Como si hubiera allí una autoimagen para describir, como si en el mundo actual las cosas estuvieran claramente conectadas de una manera y no de otra. Y aquí aparecen los problemas filosóficos a los que yo les concedo un lugar central. Yo creo, contra Rabossi y Jesús, que la filosofía es una búsqueda, es una actividad consistente en tratar de entendernos, en intentar una formulación estable de nuestra autoimagen, estabilidad que no se puede encontrar por principio, comprensión que nunca se realiza acabadamente.

Me explico: estoy siguiendo una idea que ha desarrollado Colin McGinn siguiendo una sugerencia de Chomsky, siguiendo a su vez un planteo que se remonta a la Crítica de la Razón Pura de Kant. La idea es que los humanos por nuestra propia constitución cognitiva/conceptual nos vemos lanzados al intento por tratar de comprendernos con un conjunto de herramientas cognitivas/conceptuales insuficientes. Pero esta búsqueda de autocomprensión y de entendimiento es también una necesidad derivada de nuestra misma constitución cognitiva/conceptual. Es que no podemos evitar preguntarnos por qué, aun cuando sospechemos que no vamos a tener una respuesta. ¿Por qué la muerte? ¿Por qué un nacimiento? ¿Por qué el amor? ¿Por qué la guerra? ¿Por qué el lenguaje? ¿Por qué somos como somos? ¿Por qué existimos? ¿Por qué hay algo y no más bien la nada? ¿Por qué las cosas son así, y no así? ¿Por qué sabemos ciertas cosas, no sabemos aún otras, y nunca sabremos algunas? ¿Por qué algo es bello? ¿Por qué creer en Dios (o no creer)? Contra Rabossi creo no sólo que estas preguntas, estos problemas, son perennes, y son el eje de la actividad filosófica en todos los tiempos y lugares, sino que creo además que son preguntas ineludibles para todo ser humano, filósofo o no.

Pero la filosofía no es una serie de respuestas a estas preguntas, sino el intento por tratar de responderlas, así como las variadas respuestas provisionarias que a lo largo de nuestra vida intentamos darles, sin lograr nunca satisfacer completamente nuestra curiosidad, ni eliminar o disolver o superar las preguntas. A los sumo, postergamos las preguntas, o las reformulamos de alguna manera un poco más sofisticada, tratando siempre de alcanzar lo inalcanzable. La pregunta filosófica es ineludible, pero a la vez genera permanente insatisfacción. La filosofía no es serenidad ni calma. «Filosofar es una manera de desear y eso nunca tranquiliza», dice Alberto Moretti<sup>19</sup>.

La filosofía es, en mi opinión, algo inherente a nuestra humana naturaleza, es algo que le ocurre a todo ser humano simplemente por ser un ser humano. Podríamos tal vez decir que se trata de un examen del «suelo rocoso» del que habla Wittgenstein en *Sobre la Certeza*, un examen de aquello que está dado en nuestras

---

<sup>18</sup> *Op. cit.*, Rabossi 2008, p. 207.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, nota 23.



vidas, no sabemos por qué ni de dónde. Tal vez por eso pueda parecer que se trata de una actividad a priori, porque se examinan los elementos que forman parte de nuestra estructura conceptual más básica. Pero este examen no es una mera descripción, es una pregunta acerca de por qué el suelo rocoso es el que es. Porque, para decirlo en las palabras que me sugirió Diego Lawler (en conversación), la pregunta acerca de cómo vivimos y cuál es nuestro lugar en el mundo va indisolublemente unida a la pregunta por cómo queremos vivir. No hay descripción sin a la vez evaluación y reconsideración de la situación dada.

Resumiendo, en mi opinión la filosofía no consiste en un conjunto cerrado de doctrinas que puedan ser transmitidas de una generación a otra. Más bien consiste en una práctica argumentativa, centrada en la discusión de ciertos problemas originada en una actitud de constante insatisfacción respecto de lo dado. Es cierto que no todos los problemas filosóficos de los que se ocupan los profesionales de la filosofía hoy en día son perennes, como los que mencioné antes. Los problemas filosóficos tienen un nacimiento, algunos han nacido en épocas muy recientes, en nuestro siglo (por ejemplo, la polémica entre atomista y holistas acerca del contenido mental), otros tienen siglos de vigencia (como el problema de los universales). Algunos de los problemas filosóficos clásicos se discuten hoy en (aproximadamente) los mismos términos en los que se han discutido en otras épocas, por ejemplo el problema de los universales. Otros, por el contrario, han sufrido fuertes modificaciones y se han transformado a lo largo de la historia, por ejemplo el problema del «yo». Obviamente estas diferencias se deben a fluctuaciones en el «suelo rocoso» acerca de nuestra propia identidad con respecto al que era hace 500 o 1.000 años.

Hay problemas filosóficos con los que convivimos, aun ignorando la filosofía y su práctica profesional: por ejemplo, la existencia de Dios, la ubicación de nosotros —los humanos— en el mundo que nos rodea, la justicia. Hay, sin embargo, algunos otros problemas filosóficos que surgen a partir de discusiones filosóficas técnicas, como por ejemplo las recientes polémicas en el ámbito de la filosofía analítica relacionadas con la disputa entre externistas e internistas respecto del contenido mental. Otros problemas filosóficos, finalmente, surgen a partir del desarrollo de las diversas disciplinas científicas, por ejemplo: la polémica acerca de si es posible o no la reducción (y en qué sentido) de la psicología o la biología a una ciencia más básica. En cualquier caso siempre se trata de preguntarse por qué más allá de lo «normal», agujereando el suelo rocoso, y hundiéndonos en el fango del fondo del río por un rato, para salir de nuevo a la superficie a respirar cuando ya no nos queda más aire en los pulmones.

## 2. CONSECUENCIAS PRÁCTICAS DE ESTAS CONSIDERACIONES

En lo que sigue voy examinar brevemente algunas cuestiones que quedaron planteadas pero no resueltas con lo que dije hasta aquí. Si el diagnóstico de Eduardo Rabossi, Jesús Vega y Alberto Moretti acerca del carácter excepcional o anómalo de la filosofía es adecuado, si es correcta mi idea de que la filosofía es una hipérbole de



nuestra humana necesidad de preguntar por qué aun sospechando que no hallaremos respuestas, entonces el lugar de la filosofía como una profesión más no sólo no está garantizado, sino que está puesto en duda.

Rabossi, como dije, no logra escaparse del Canon: el Canon fue instituido históricamente para que la filosofía se estudiara en una facultad como las demás y para que sus egresados fueran profesionales competentes en una cierta área disciplinar como lo son otros egresados universitarios. Y la filosofía es lo que nuestras prácticas constituyen. Ergo, más allá de posibles cuestionamientos a uno u otro precepto, el canon ha de ser respetado, so pena de quedar el cuestionador desterrado del territorio de los «filósofos».

Jesús Vega sugiere que debería desaparecer el grado en filosofía. Si no hay un conjunto de doctrinas para ser aprendidas, ¿qué estudian los alumnos de esta carrera? Si la filosofía no es una disciplina más como otras, si está por encima, entonces seguramente para ser filósofo primero habría que dedicarse a otra cosa, y luego devenir filósofo examinando «desde arriba» esa otra cosa (pintura, literatura, biología, psicología, o lo que sea). Y es cierto que, al menos en el caso de la Universidad de Buenos Aires en la que trabajo, el promedio de edad de alumnos de la carrera de filosofía sin duda es más alto que el de muchas otras carreras: hay mucha gente que hace el grado como segunda carrera, o cuando ha logrado establecer una estabilidad laboral en su vida que le permite darse el lujo de reflexionar más sistemáticamente sobre sí mismo, su lugar en el mundo y su actividad profesional.

Todas estas consideraciones ponen en cuestión las prácticas profesionales y académicas en las que nos hallamos inmersos. En lo que sigue voy a decir, en pocas palabras, mis opiniones sobre las siguientes cuestiones: la universidad y la carrera de filosofía, la historia y la filosofía, la profesión del filósofo, y la relación de los filósofos con la sociedad a la que pertenecen. Son todos temas que preocuparon a Rabossi.

### 3. LA FILOSOFÍA Y LA UNIVERSIDAD. LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

Como dice Blackburn, aprender filosofía es aprender a pensar, y por lo tanto aprender filosofía se parece más a aprender a tocar el piano que a aprender un cuerpo de conocimientos<sup>20</sup>. Como indiqué arriba, la filosofía no es un cuerpo doctrinario a transmitir a un conjunto de iniciados. Es una práctica argumentativa que tiene ciertas reglas, como toda práctica, que son lo que hay que transmitir de maestros a alumnos. Claro que, además, nuestras actuales prácticas profesionales exigen que sigamos una serie de otras reglas que también debe transmitir un maestro a su discípulo: cómo escribir un *paper*, cómo seleccionar la revista a la cual mandar los propios trabajos a publicar, cómo desenvolverse en un concurso docente, cómo formular un plan de investigación para conseguir financiación de los organismos de ciencia y técnica, por mencionar sólo algunas.

---

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 15.



Enseñar filosofía es algo que se hace de maneras muy diversas en diversos contextos, y ante diversas audiencias. Yo no hago lo mismo si mis alumnos son de la carrera de filosofía que si no lo son, ni si mis alumnos recién empiezan la carrera que si están terminando, o si están haciendo un doctorado. Las herramientas para enseñar son distintas y las manera de evaluación también. Mi objetivo es siempre el mismo, que los alumnos sientan un problema filosófico, que reflexionen sobre él, que planteen su propio punto de vista, que sean críticos, que no acepten dogmáticamente la palabra de nadie, que no repitan de memoria, que se conviertan en tábanos, como quería Sócrates.

Dada la variedad de problemas y sus diversos orígenes (algunos altamente dependientes de otros saberes), los caminos que llevan a alguien a estudiar filosofía pueden ser muy distintos, directos o indirectos (es decir, con una formación de grado en otra cosa o no). A diferencia de Jesús (y de Rabossi, que alguna vez también sugirió esta idea), no creo que el grado en filosofía deba desaparecer. Es cierto que, dependiendo de a qué se dedique uno, es bueno —incluso imprescindible a veces— tener una segunda formación, pero no es imprescindible hacerlo antes de estudiar filosofía. La filosofía no está arriba de otros saberes, ni entre otros saberes, sino que está dentro de cada uno de nosotros (así, me aparto del precepto 8 del Canon). El filósofo en todo caso está entre los científicos o artistas, preguntándoles (y preguntándose) por qué; incluso muchos científicos y artistas llevan su propio filósofo «dentro». Pero el filósofo no da fundamentos, busca fundamentos (que nunca termina de encontrar).

Por otra parte, y centrándome ahora en la conformación que me parece más deseable para el cuerpo de profesores en una institución educativa superior, creo que la mejor opción es el pluralismo en lo que hace a tradiciones y modelos filosóficos, en lugar de departamentos hegemónicos donde hay una única tradición representada (claro, a igualdad de condiciones de «calidad» de los profesores, puede haber razones contingentes que estén en juego para que ciertas tradiciones o escuelas no estén representadas). Propongo esto, como consecuencia de lo que sostuve arriba, simplemente porque no creo que haya una manera mejor que otra de buscar las respuestas a las preguntas que nos persiguen. No hay un método único, no hay una perspectiva superadora. Que veamos más claro un problema, que una respuesta nos ilumine, no depende de que haya estado escrita por un filósofo continental o analítico, ni de que el texto original haya estado escrito en inglés o en alemán o en castellano o griego. Esto también quiere decir que cada persona que decida dedicarse a la filosofía tiene pleno derecho para realizar su búsqueda personal adoptando la tradición filosófica, el horizonte geográfico y la lengua que más adecuados considere para realizar sus propósitos.



#### 4. LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA

Como dije más arriba, comparto con Rabossi la idea de que no es central al quehacer filosófico la historia de la filosofía, de la misma manera que no es relevante la historia de la física para el físico<sup>21</sup>. Pero sin duda es más sabio un psicólogo o psiquiatra que conoce historia de la psicología y de la medicina que el que no. Porque la dimensión histórica nos abre una perspectiva que no tendríamos si nos quedamos encerrados en el presente. Amplía nuestro horizonte hacia atrás y hacia lo diverso, incluso hacia formas de comprensión alternativas de la propia práctica filosófica. Nos hace más sabios saber que nuestra forma actual de clasificación de trastornos psiquiátricos tiene unos pocos años, que se va modificando constantemente, y que esos cambios no necesariamente tienen que ver con un aumento del conocimiento del funcionamiento de la mente humana, sino con maneras alternativas que una sociedad se da a sí misma para ejercer el control social. (Estoy pensando en los manicomios de hace 200 años, como aquel en el que encerraron al Marqués de Sade. Leyendo la biografía del Marqués escrita por Francine Du Plessix Gray, es claro que su encierro estuvo más ligado a un desajuste en su conducta social, que a algo que podamos llamar una patología psiquiátrica). Así, nos hace más sabios saber que en otras culturas ciertas conductas condenadas en nuestra sociedad son moneda corriente, o que ciertas «patologías» no existen. Todo aquello que apunte hacia la diversidad nos permite revelar que nuestra condición es contingente, y por tanto cuestionable y modificable.

Si la filosofía es (al menos en parte) un movimiento reflexivo que explora la autoimagen que tenemos de nosotros mismos, como sostuve antes, sin duda explorar otras situaciones, otras culturas, otras formas de vida es aleccionador. Nuestra autoimagen se revela al compararse uno mismo y su situación con otras culturas, otros lugares lejanos y otros tiempos: la historia en general, la historia de la filosofía en particular, así como viajar, tienen este efecto. La filosofía en general y la lectura de los textos de filósofos de otras épocas nos permiten recorrer otros mundos posibles muy lejanos. Pero también tienen un efecto similar la antropología, la arqueología, la historia de la psicología, el arte y la literatura. Tal vez por eso conjeturó Borges que «la metafísica es una rama de la literatura fantástica»<sup>22</sup>.

Por otra parte, las exigencias de la vida académica actual resumidas en la famosa frase «publica o perece», sumadas a la proliferación de medios escritos en las miles de instituciones filosóficas existentes, que cada vez resultan más accesibles económicamente incluyendo ahora la posibilidad de editar revistas en formato solamente virtual con un alto impacto gracias a los buscadores internéticos, ha

---

<sup>21</sup> Véase E. RABOSSA, «History and Philosophy in the Latin – American Setting. Some Disturbing Comments», en Arleen SALLES (ed.) *The Role of the History of Philosophy in Latin American Philosophy*. Amsterdam, Rodopi, 2005.

<sup>22</sup> J.L. BORGES, «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», *Obras Completas*, Buenos Aires, EMECÉ, Buenos Aires, 1944/1974, p. 436.





generado una abundante e inabarcable cantidad de textos para ser leídos. Pero estos textos producidos en serie, a la manera de la revolución industrial, en la mayoría de los casos carecen de profundidad e interés filosófico genuino. Las modas filosóficas se suceden, y hay que leer lo último que dijeron en estos miles de medios, miles de personas sobre un argumento específico o una tesis específica que pretendemos discutir. Pero esta manera de entender la práctica filosófica, y de evaluar los trabajos producidos con aspiraciones de ser publicados, olvida que la filosofía no es ciencia normal. No es cierto que agregando una coma en una cierta discusión planteada por quién sabe quién de la manera en que está planteada hoy en algún *journal* de moda se avance en el conocimiento filosófico. Porque no hay tal conocimiento. Porque no hay progreso en filosofía. Porque los humanos seguimos siendo animales con logos al menos desde que somos *homo sapiens sapiens*. Y nuestras inquietudes más vitales, la necesidad de escuchar música, de pintar, de hablar, de contar historias, de escuchar historias, de preguntar y responder, de reflexionar sobre nosotros mismos, de preguntarnos por nuestro origen y por nuestro destino, siguen siendo básicamente las mismas. Por eso muchas veces creo preferible (para mí y para mis discípulos) leer, por citar un ejemplo de una obra clásica, las *Meditaciones metafísicas* de Descartes, obra que me parece inagotablemente bella y profunda, que leer el último *paper* sobre el argumento de moda que salió publicado en esa revista *top* que está primera en el ranking de los índices de impacto. Esto me lleva directo al punto siguiente, la profesión del filósofo.

## 5. LA FILOSOFÍA Y LA PROFESIÓN DEL FILÓSOFO

Estoy en una etapa de mi vida en la que ya no sólo me dedico a producir textos de filosofía, sino a juzgar y evaluar a otros que producen textos de filosofía (lamentablemente cada vez invierto más parte de mi tiempo en lo segundo y menos en lo primero). Es una tarea muy complicada. Aquí es donde se ponen en juego realmente las reglas implícitas de la práctica instituida, aquí es donde se explicitan con crueldad. Dado lo dicho hasta aquí, parecería seguirse que todas las reglas establecidas para evaluar CVs a la hora de otorgar becas o cargos de docencia en la universidad o de investigación en los organismos correspondientes son absurdas. Haber escrito y defendido una tesis doctoral, tener publicaciones en revistas con referato, que muestren un «impacto» alto en la comunidad, parece no ser garantía de que la persona en cuestión o sus trabajos sean buena filosofía. Es verdad. Todas estas cosas no son ni condición suficiente ni condición necesaria de buena filosofía. Sin embargo, de esto no se sigue que haber escrito y defendido una tesis y haber publicado en revistas variadas con referato reconocido sea lo mismo que no haberlo hecho. Porque estas instancias de publicidad y defensa de nuestras ideas ante un auditorio calificado de nuestra comunidad de filósofos nos proveen de un entrenamiento sin el cual sería difícil hacer algo profundo y sólido. El ejercicio filosófico mejora las capacidades filosóficas del individuo; como dijimos, es como tocar el piano: la filosofía se aprende haciéndola. Nadie nace sabiendo escribir un trabajo filosófico interesante. Hacer filosofía requiere de un entrenamiento con maestros



y pares. Así, si bien no es condición necesaria ni suficiente tener muchos artículos publicados y una tesis para ser un buen investigador, sin duda tener todo esto muestra una constancia, una continuidad y una evaluación sucesiva en diferentes ámbitos que al menos garantizan una disposición del sujeto evaluado a trabajar en el ámbito de la filosofía continuada y sistemáticamente. Como no creo en genios iluminados, como creo que en todos los ámbitos —en filosofía, en literatura, en pintura, en música, en ciencia, en deportes— la clave del éxito está en el trabajo, hay algo de cierto después de todo en que quien más continuada y sistemáticamente, y menos endogámicamente, trabaja, tiene más probabilidades de hacer un aporte significativo a su disciplina que quien no. Comentando estas ideas con Diego Lawler, y recordando la idea que mencioné arriba en el sentido de que aprender filosofía es como aprender a tocar el piano, me hizo notar un comentario de Daniel Barenboim en el que decía que su confianza en hacer bien su tarea, cada vez que se enfrentaba con un nuevo concierto, dependía de la práctica anterior, de la cantidad de veces que había estado en situaciones similares, y de la experiencia práctica adquirida en estos casos. Y con la filosofía, como yo la concibo, es lo mismo. Tal vez exista el genio (musical o filosófico), pero sin la práctica no se haría visible.

Por otra parte, no hay que olvidar nunca que al menos en mi país, y en buena parte del mundo (excepto en el mundo anglosajón), la mayor parte de la actividad de docencia superior e investigación está en manos del estado. Esto significa que los fondos que nutren estas actividades son públicos, son el fruto del trabajo de toda la sociedad. Esto requiere, en mi opinión, un cuidado especial al evaluar la producción científica y filosófica. No se pueden dilapidar fondos públicos por una corazonada acerca del potencial filosófico de quien no ha defendido una tesis, ni ha publicado artículos en revistas reconocidas. Creo firmemente, como discípula de Gregorio Klimovsky que también fui, que el Estado debe financiar y apoyar la investigación básica (entre la que cuento a la mayor parte de la filosofía), pero también creo que la asignación y distribución de los fondos destinados a estas actividades (sobre todo en países como el mío, en vías de desarrollo, donde hay grandes inequidades y las necesidades básicas de muchos no están satisfechas) debe hacerse con el más absoluto cuidado y conciencia. Esto me lleva a la última cuestión que quiero tratar, la relación entre filosofía y sociedad.

## 6. LA FILOSOFÍA Y LA SOCIEDAD

Nunca creí que los filósofos, ni los intelectuales en general, debiéramos cumplir el rol de iluminados que guiamos a los que están en la oscuridad en el fondo de la caverna. Siempre creí que mi voto, mi opinión, valen tanto como la de cualquier otro si se trata de elegir un presidente o el rumbo de la propia vida. Pero una sociedad con más seres capaces de reflexionar sobre sus propias vidas, de cuestionar lo dado, es a mi juicio una sociedad más libre y madura. Y si lo que dije hasta aquí es aceptable, entonces los filósofos tenemos que jugar ese rol fundamental en la sociedad, que no consiste en guiar a nadie, ni iluminar los caminos a seguir, ni en mirar desde arriba, sino en acompañar reflexivamente, en motivar la pregunta, en inducir a la crítica.



Tampoco creo que sea indispensable que el filósofo sea algo más además de filósofo. Muchos filósofos que admiro lo han sido. Rabossi mismo ejerció cargos públicos importantes: fue miembro de la CONADEP y el primer subsecretario de Derechos Humanos de la democracia, en épocas de la presidencia de Raúl Alfonsín. Diana Maffía y Samuel Cabanchik, dos colegas y amigos, filósofos analíticos argentinos, ejercen cargos legislativos elegidos por el voto de sus conciudadanos. Carolina Scotto, otra querida amiga wittgensteiniana, ejerce ya por segundo período consecutivo el cargo de rectora de la Universidad Nacional de Córdoba, la más antigua de mi país (Carolina es la primera rectora mujer, además). Guillermo Hurtado, otro amigo, director del Instituto de Investigaciones Filosóficas de México, ha estado trabajando casi hasta el cansancio para intervenir en las reformas de los planes de estudio en las escuelas secundarias de su país. La lista es muy larga. Pero no creo que sea una obligación de los filósofos tener este desempeño político/público tan grande, pues hay otras maneras en las que un filósofo puede ser útil a su sociedad.

Una de las maneras en que un filósofo puede ser útil en la sociedad que lo alimenta es siendo auténtico. Es decir, asumiendo la cultura y la comunidad a la que pertenece, reflexionando desde su peculiar aquí y ahora. Como alguna vez le escuché decir a Rabossi, Descartes no es paradigma de la filosofía francesa o Locke de la filosofía inglesa porque se hayan propuesto hacer una filosofía nacional. Simplemente fueron ellos mismos. Lo que sugiero es que la reflexión filosófica no se haga desde el vacío, sino desde las entrañas. Recientemente me tocó presentar un libro de Guillermo Hurtado que me parece un ejemplo paradigmático de la manera en que creo que un filósofo puede colaborar con la sociedad sin dejar de hacer filosofía<sup>23</sup>. A título de ejemplo quiero recordar que la reflexión de Hurtado en este libro acerca de la identidad personal tiene en cuenta situaciones como estas: (1) la experiencia adolescente de construir la persona que llegamos a ser (ese período plagado de «problemas de identidad» de todo tipo); (2) las circunstancias sociales que impiden en muchas culturas contemporáneas a las mujeres ser las personas que desearían ser; (3) los factores socio-económicos que impiden a millones de niños en el globo desarrollar sus capacidades intelectuales y morales, para llegar a ser lo que podrían haber deseado ser, si no hubieran padecido hambre, falta de techo y enfermedades irreversibles desde pequeños; y (4) las circunstancias extremas de la vida que pueden hacer que dejemos de ser quienes éramos, como haber participado en una guerra, o haber vivido exiliados de nuestra patria por un prolongado período de tiempo, o haber caído en una adicción, como el alcohol o las drogas, que transforma nuestra personalidad y nuestra persona, durante y aun después de la recuperación. Un filósofo que está atento a estas cuestiones cuando esté reflexionando sobre un problema filosófico sin duda contribuirá al crecimiento y madurez de la sociedad en la que vive.

Esta manera de hacer filosofía que estoy describiendo también está en el espíritu de la contribución de Josep Corbí al número especial de *Análisis Filosófico*

---

<sup>23</sup> G. HURTADO, *Por qué no soy falibilista*, México, Los libros de Homero, 2009.



que mencioné<sup>24</sup>. En él se explora el problema de la moral desde una experiencia de vida crucial como lo es la del soldado que vuelve de la guerra, en lugar de considerar como punto de partida para la reflexión filosófica la posición original de John Rawls. Un cambio como éste en el punto de partida de la reflexión filosófica nos lleva a caminos bien diferentes de aquellos a los que nos llevan algunos experimentos mentales. Como alguna vez dijo Daniel Dennett: «Una imposibilidad de hecho dice más que una posibilidad en principio».

Sin duda, mi propuesta no es nueva, y está también expresada en los encuentros del grupo «Nomos», del que tengo el gusto de participar gracias a la invitación de Josep Corbí, Jesús Vega y Fernando Broncano. En suma, podría decir que me parece sumamente valiosa esta manera de hacer filosofía atendiendo a cuestiones cotidianas, pero no simplemente para describirlas sino para preguntarnos por qué, y eventualmente para cuestionar y para proponer, finalmente, alternativas viables de pensamiento y de acción.

Recibido: octubre 2010  
Aceptado: diciembre 2010



---

<sup>24</sup> J. CORBÍ, «El refugio de la claridad», *Análisis Filosófico*, vol. xxx, núm. 1, 2010.